

## CAPITULO XV.

De cómo sin saberlo Mari Galana hizo un gran servicio al rey don Felipe.

### I.

Habian pasado ocho dias, y Gabriel de Espinosa habia mudado durante ellos otras cuatro veces de posada.

La Mari Galana, que no sabia si le aborrecia ó si le amaba, estaba desesperada y tenia aburrido al bachiller Burguillos, que se llevaba todo un dia zancajeando de posada en posada, por servir á la buena moza, hasta que daba con el paradero de Gabriel.

Pero acontecia que, cuando entrada la noche, la Mari Galana, dejando sus sayas y sus picos pardos y poniéndose un rico traje y un manto rico, y haciendo vestirse á la madre Martina de una manera decente para parecer una dama con su dueña, iba en busca de su ingrato perdido, acontecia, decimos, que éste se habia marchado de la posada sin decir á dónde iba.

En vano, engalanándose cada vez más para parecer

más hermosa, por infringir las ordenanzas, saliendo á la calle sin su hábito de sayal, con sus picos en las mangas, su pañuelo atado al cuello sobre el pecho, su lazo morado en el hombro, el cabello recogido atrás y el manto azul de tercianela prendido al rodete, en vano, decimos, hecha un brazo de mar como la más rica dama, y cada vez más hermosa, se iba todas las mañanas á las huertas del Pisuegra ó al Espolon, y daba despues, entrando en la ciudad, algunas vueltas por la Carrera de San Francisco, y pasaba por el Ochavo y por las Carnicerías, y daba vueltas á la Universidad, recorriendo todos los sitios, en fin, á donde solia concurrir la gente galana, valiente y alegre; veíanla los alguaciles de la villa, y aunque la conocian, la perdonaban el abuso del traje, y no se metian con ella si no para echarla un requiebro, que ella contestaba con un descocado torcimiento de boca, y la seguian á bandadas los galanes de todas pintas, sin que ella, sería y altiva, con una altivez que tenia mucho de desvergüenza, se dignase no contestarles, pero ni aun mirarles, llegando fatigada á su casa, y llevando trás si á remolque á la madre Martina, desesperada y maldiciente, que apenas empezaban á subir por las estrechas y pendienteísimas escaleras, echaba por aquella venerable boca sapos y culebras, y á decir que con el alquiler de los vestidos y el regalár á maese Burguillos para que tuviese buenas piernas y buenos vientos para ser podenco, y con el mal gesto de la niña, iban á dar antes de veinticuatro horas en el hospicio.

Mari Galana enviaba enhoramala á su fingida abuela, y si esta insistia la tiraba un chapin á la cabeza, y la

vieja, que temia á la Galana como al fuego, se metia para adentro refunfuñando, y la muchacha se apretaba á llorar á un rincon, hasta que allá por la tarde venia el bachiller Burguillos todo acansinado, á dar parte de que en la posada tal ó cual habia reamanecido el señor Gabriel de Espinosa.

## II.

Con estas dificultades, el empeño de la Mari Galana por Gabriel de Espinosa, no era ya pasion, sino rábía, porque no estaba ella acostumbrada á que se la hiciese sufrir tanto, y mucho ménos por un hombre ya casi viejo.

Pero era el caso, que como Mariquita se habia enamorado por la primera vez de su vida, le pareció Gabriel de Espinosa el hombre más jóven y más hermoso del mundo.

El bachiller Corchuelos habia sido completamente olvidado por la Mari Galana bajo el punto de vista del amor, y si se acordaba de él era por incidencia y por los violentos celos que la causaba aquella hermosísima ama de cria del pastelero, por la cual le habia acontecido su terrible desgracia al bachiller Corchuelos.

## III.

Mari Galana, enamorada en cuerpo y en alma, habia resuelto consagrarse entera á Gabriel de Espinosa, vivir por él y para él, ó vengarse de él si Gabriel de Espinosa la despreciaba.

Las eventualidades de la vida, como fatalidades preñadas de desgracias, se cruzaban delante del paso de Gabriel de Espinosa.

Indudablemente, Gabriel de Espinosa habia incurrido en un deplorable disparate al venirse al corazon de Castilla, ó lo que es lo mismo, al meterse, en las circunstancias en que se encontraba, en la boca del lobo.

Si no era el rey don Sebastian, era por lo menos tan imprudente, tan temerario, tan irascible y tan poco mirador de las consecuencias como el rey don Sebastian lo habia sido.

## IV.

Llegó un dia, el 26 de setiembre, en que maese Burguillos no pareció por la tarde; en que llegó la noche, y Burguillos no pareció.

Mari Galana se puso verdaderamente furiosa, y la madre Martina sintió un miedo formal de que la sucediese algun trabajo.

Al fin, una hora despues de oscurecido, pareció jadeando y cubierto de sudor el bachiller y se dejó caer desplomado en una silla.

—Te advierto, Galana, que si esta noche no encuentras á tu huido, yo no le busco más; llevo ocho dias de perros, y con un dia más de tártago y con el calor que hace, perezco.

—¿Pero le has encontrado?

—Cuando yo me propongo encontrar una cosa doy con ella aunque esté bajo siete estados de tierra. En la

posada del Sol le tienes, y no es probable que se mude, porque acaba de aposentarse en ella al oscurecer.

La Galana no esperó á oír más.

A la caída de la tarde se habia vestido un bizarro traje de raso blanco con adorno de azul y oro, prendiéndose unas piedras falsas, que sin embargo, hacian muy bien entre sus cabellos negros, voluminosa y bellamente peinados, y al ponerse el manto, se fué delante de un espejo y se miró.

—¿No es verdad que estoy hermosa, hermano Burguillos? dijo con cierta vanagloria más de lo justo y pecaminosa.

—¡Vaya si estás hermosa! como una reina, niña.

—Pues mira, no llevo afeite; que estos colores y esta frescura, y este negro de las cejas, son míos porque Dios me los dió y porque sí, y no me ha costado el dinero.

—¿Pues si no tienes más que diez y ocho años, dijo Burguillos, de qué te alabas?

—Ahí está la Gorriona, que no tiene más de quince años, y se empalustra la cara de tal modo, que se la puede arar el revoque, dijo la Galana acabando de prenderse el manto y arreglándose las magníficas trenzas negras que á los costados de la cabeza la tocaban casi á los hombros, y en una graciosa ondulacion seguian hasta formar parte del voluminoso rodete.

—¿Sabes que te habrá costado un ojo de la cara el alquiler de ese traje, Galana?

—¡El alquiler, ya, pues si señor! Tan mio es este traje, estudianton hambrija, como son míos mis colores y mis cejas; veinticinco doblones me ha costado, como

veinticinco soles, que los ha pagado un cintillo con un diamante que á nadie le debe nada, ni ha venido por mala parte; como que me lo dió hace seis meses en la Carrera de San Francisco una mañana, un paje que iba con la señora Almiranta, y que me dijo al dármele:—Esto os da mi señora por hermosa, para que os socorrais y os enmendeis.—Y á mí se me saltaron las lágrimas, porque yo soy buena, y fui y me eché á los piés de la señora Almiranta, que parecia un ángel, y ella me dió á besar las manos, y muy buenos consejos, y un bolsillo de seda verde con veinticinco doblones; los doblones volaron, considera tú; el cintillo ha volado tambien; los consejos me pusieron triste, pero al volver la primera esquina se me olvidaron, y solo me queda el bolsillo verde, que guardaré mientras viva, en memoria de la señora Almiranta, que tan llana y tan buena y tan caritativa fué conmigo. Vamos, madre Martina, espantajo, que echais un siglo en poner os el manto; aligérese, no se nos vaya; y tú, Burguillos, echa adelante, que yo no sé el camino, y á ver cómo se sirve á una dama; y si llega el caso, ¿para qué llevan espada los hombres?

Burguillos se resignó, se levantó, se arregló de un voleo las bayetas, y echó las escaleras abajo.

Detrás salieron la moza y la vieja, cerró esta la puerta con llave, y el escolar delante y ella detras fueron andando calles y calles, encontrando muy poca gente, hasta la posada del Sol, que estaba en un extremo de Valladolid, cerca del Puente Grande.

## V.

Cuando llegaban á la puerta de la posada, entraba en ella, viniendo por la parte opuesta, un mozo de buen talante, con capa de tercianela, espada larga y gorra de terciopelo.

—¡Eh! ¡Hidalgo! dijo la Mari Galana acercándose á él y encubierta de tal manera que no dejaba ver ni un ojo; pero dejando conocer su bizarría y su buen cuerpo.

—Más bajo, señora, más bajo, dijo el mozo; palafrenero para serviros.

—Pues no lo pareis, dijo con compostura Mari Galana.

—Muchas gracias, señora, por lo bien que os parezco. ¿En qué puedo servir á vuestra merced?

—Creo que en nada; porque yo vengo buscando al señor Gabriel de Espinosa.

—A verle vengo yo de parte de mi amo, contestó el fingido palafrenero, porque era Abénamar, uno de los caballeros que acompañaban al rey don Sebastian, ó á Gabriel de Espinosa, que segun él dijo despues, era no menos que el príncipe de Dinamarca.

—Pues si á ver vais al señor Gabriel de Espinosa, hacedme la merced, y no lo tomeis á mal, de mostrarle este pañuelo, y decirle que le buscan y que necesita verle la dama de la huerta.

El príncipe de Dinamarca tomó con violencia el pañuelo, y como quien á tales mensajes no está acostumbrado, y más por disimular que por otra cosa, dijo:

—Vuestra merced, señora, es muy dueña de mandarme todo aquello que quisiere, y ruégoos que es sentéis aquí de la parte de adentro del zaguan donde no os vean y donde no os canseis de estar de pié.

—Cortés criado sois, dijo la Mari Galana, mientras el príncipe de Dinamarca pedía con imperio dos sillas á un mozo de la posada.

La jóven y la vieja entraron y se sentaron, y el príncipe de Dinamarca subió rápidamente las escaleras, llegó en un ángulo á un largo corredor mal alumbrado por una luz opaca, y á lo último llamó quedo á una puerta.

Oyóse dentro el ruido de los pasos de un hombre que se acercaba, y despues una llave en la cerradura de la puerta que se abrió, apareciendo trás ella Gabriel de Espinosa con una luz en la mano.

—Entrad pronto, Estanislao, dijo Gabriel de Espinosa.

El príncipe entró.

Atravesaron un aposento y otro, desamueblados, feos y sucios, y llegaron á un tercero, en que no habia más que una mesa ordinaria y vieja, y media docena de sillas, todas de forma distinta, y una cama completamente de posada.

Sobre la mesa habia dos maletas, abierta la una, y en la cual sobre ropa blanca se veian algunas joyas, además de algunas otras que estaban sobre la mesa.

En la pared, entre la mesa y la cama, habia colgados un sombrero bajo, una capa corta de tercianela, y por bajo asomaba una espada.

—¿Qué es eso que traéis en la mano, príncipe Estanislao? dijo Gabriel de Espinosa.

—Un pañuelo que acaba de darme una dama, señor, dijo respetuosamente el jóven.

—¿Con damas os andais? Esto no es prudente; cuando se anda en grandes empresas, las damas son tan peligrosas como el vino, porque pueden subirse á la cabeza y hacer que se cometan disparates.

—La dama de que yo hablo, señor, me ha dado este pañuelo para Gabriel de Espinosa, contestó el príncipe.

Gabriel dejó ver en su semblante una expresion de disgusto.

—Dadme ese pañuelo, dijo al príncipe; yo creia, añadió tomando el pañuelo y reconociéndole, que esa mujer se habia olvidado de mí. Estará sin duda esperando.

—Sí señor; abajo sentada en el zaguan.

—Pues bien, que espere. Veamos ahora; ¿es buena la posada donde he de trasladarme?

—Completamente segura, señor.

—¿Están allí los caballos para mí y para el señor Pietro Mastta?

—Sí señor.

—¿Es bueno el caballo de monseñor? es decir, ¿puede resistir largas jornadas?

—Como el de vuestra majestad.

—¿Y vosotros lo teneis todo preparado para marchar?

—Sí señor; podemos marchar á la hora.

—¿Teneis dinero?

—El señor Pietro Mastta me ha dado doscientos ducados, que creo nos bastarán para llegar á Lisboa.

—¿Cuánto tiempo pensais invertir en el camino?

—Nuestros caballos son buenos, y entre el dia y la

noche, descansando seis horas, podemos hacer diez y ocho leguas.

—Pongamos diez dias de viaje; yo parto esta noche y tardaré menos, porque me dirijo hácia Francia, y en la costa del Océano me embarcaré; cuando llegueis, si habeis tardado diez dias, decid al duque de Coimbra, que en la noche del dia décimo, despues de haber llegado vosotros, más exacto, que el dia 13 de octubre en la noche, estaré á la vista de Lisboa, salvo contratiempo; por lo mismo, si no pareciese en la noche de 13, que me esperen las noches siguientes; pero que para la noche del 13 esté preparado todo.

—Muy bien, señor.

—Creo que nada tengo que preveniros; todo está terminado, y solo falta emprender el viaje; idos, pues, Estanislao, traedme acá esa dama para que yo me la quite de encima, y enviadme á Mendez Figueroa para que cargue con las maletas, y me guie á la nueva posada.

—Adios, señor.

—¿Y os vais así, Estanislao? ¿No me dais un abrazo?

—¡Ah, señor! ¡Un millon!

—Por si no nos volvemos á ver, dijo Gabriel de Espinosa abrazando al jóven.

—Con tal de que no sea por una desgracia de su majestad, no importa. Adios, señor.

—Mirad; no entreis con esa dama, dejadla á la puerta.

—Muy bien, señor. Adios.

El jóven salió.

—Yo no sé por qué, dijo Gabriel de Espinosa, recibo á esa muchacha; ni la amo, ni la quiero para nada, y

sin embargo, yo no sé por qué no se me va del pensamiento. ¡Una mujer tal como ella! Pero en fin, la prometí que si me buscaba no la afrentaría con un desprecio.

## VI.

—Señor Gabriel de Espinosa, dijo la sonora voz de la Mari Galana, resonando en la primera habitacion por donde habia que pasar para llegar á la en que estaba Gabriel; haced la merced de alumbrarme, que esto está oscuro y tengo miedo.

Gabriel de Espinosa tomó la palmatoria de sobre la mesa, y salió á la habitacion inmediata, en la cual entró instantáneamente Mari Galana, con el manto echado atrás, hermosa y tentadora, el semblante encendido, pero sério é irritado.

—¿Venis sola, hija? la preguntó Gabriel.

—No, dijo la Galana; he venido con mi abuela; pero la he dicho que se quede en esa otra habitacion.

—Tendrá miedo, dijo sonriendo Gabriel.

—No señor; está acostumbrada á tratar con el diablo, y cuando quiere hablar con él, se queda á oscuras.

—Pero echa para acá una silla, dijo desde lo oscuro la desapacible voz de la madre Martina, que no es razon que yo espere de pié mientras tú hablas sentada.

La Galana entró rápidamente en lo que podia llamarse cuarto de Gabriel, alumbrándola éste, tomó una silla y la llevó á la primera habitacion, y la soltó á bullo en ella diciendo:

—Vaya una silla; sentáos, y dormid tres siglos seguidos.

Y se entró en la habitacion última.

Gabriel dejó la palmatoria sobre la mesa, y la Galana, al ver las joyas, fijó en ellas una mirada profunda, y nubló el semblante.

Gabriel no pudo ver esto, porque en aquel momento estaba vuelto de espaldas.

Antes de que se volviese, la Galana habia compuesto su semblante.

## VII.

—Dichosos los ojos que os ven, dijo la Galana quitándose el manto, arrojándole sobre una silla, tomando otra y sentándose en medio del aposento.

Gabriel permaneció de pié y recostado entre el borde de la mesa y la pared.

—Sabeis que me recibís de una manera muy poco galante, señor mio, dijo la Galana; habeis tardado un siglo en llamarme despues que os hice avisar, y eso es muy poco cortés; ahora os quedais en una postura que parece decir: concludid cuanto antes, porque me estais incomodando.

—Nada de eso he dicho, ni nada de eso pienso.

—Os he buscado como se busca un tesoro, dijo con impaciencia Mari Galana; hace ocho dias que os escapais de mí, y no he visto en mi vida hombre que mude más de posada. ¿Os persigue la justicia, señor Gabriel de Espinosa?

Cogió tan de improviso esta pregunta á Gabriel, que hizo un movimiento enérgico y se puso pálido; pero inmediatamente volvió á aparecer tranquilo.

Sin embargo, la Galana habia tomado acta de la turbacion de Gabriel.

—No tengo por qué la justicia me persiga, dijo.

—Pues era de sospecharlo, al ver cuanto mudábais de posada.

—Son muy malas, y no se puede parar en ellas.

—Decís bien; esta no puede ser peor. Pues mirad; siento que no esteis perseguido y con temor de ser ahorcado.

—¡Ah! ¿Y por qué eso? ¿Por qué tenerme esa mala voluntad?

—Porque entonces sabríais quién soy yo, y lo bien que os quiero, y os guardaria tanto, que ni con podencos habian de dar con vos; y os cuidaria de tal manera, que os alegraríais de estar escondido, y yo estaria contenta, porque siempre os tendria á mi lado.

—Creo bien que no me iria mal; pero es mejor que no haya necesidad de nada de eso.

—Señor Gabriel de Espinosa, no os puedo ver; os aborrezco.

—¿Y por qué?

—Porque haceis de mí el mismo caso que el que haríais de mi abuela. A quien se le contase que la Mari Galana ha pasado ocho dias buscando de zeca en meca á un hombre, y atosigada por él, y sin hablar con nadie, y que cuando encuentra al tal hombre, este tal hombre la desprecia, no lo creería.

—Niña, acercarte á mí es ponerte bajo la sombra de un árbol maldito; ya te lo he dicho; olvidate de esa fantasía que te se ha metido no sé por qué en la cabeza, y pasa de largo, y no te empeñes en lo que no puede ser. Además, que yo no voy á permanecer en Valladolid.

—Os perseguiré; me iré detrás de vos á Madrigal; no os dejaré á sol ni á sombra, hasta que me querais; porque al ver lo que yo os quiero, no podreis menos de quererme.

—Yo no vuelvo en mucho tiempo á Madrigal.

—Me iré detrás de vos á la fin del mundo.

—Te cansarás de correr en vano.

—Pues habeis de quererme, ó he de poder poco, dijo la Galana, cuya irritacion iba haciéndose á cada momento más visible.

—Galana, dijo Gabriel de Espinosa: si yo pudiera amar, te amaría; pero yo no puedo amarte, ni te puedo engañar, porque soy un hombre honrado.

—¡Ah! ¡Me despreciais! dijo levantándose pálida y trémula la Galana.

—¿Por qué he de despreciarte yo, pobre mujer? dijo Gabriel de Espinosa, que se iba tambien impacientando; véte y no hablemos más; te prometí recibirte, y te he recibido; pero no te prometí tener amores contigo; la edad de los amores ha pasado ya para mí.

—¡Ahora sí que os aborrezco! dijo la Galana tomando su manto y prendiéndosele con una mano violentamente trémula. ¡Ah! Soy una pobre mujer, no puedo vengarme de vos, y por eso os reis de mí; pero que Dios os dé tan mala suerte, como cruel y mal hombre habeis sido

conmigo; ¡permita Dios que un día parezcáis á las gentes más infame que yo!

Gabriel palideció de cólera.

—Si os irrita lo que os digo, mejor, dijo la Mari Galana; si me matais, me haceis un favor.

—¡Véte! dijo con toda su altiva dignidad Gabriel de Espinosa.

La Galana le miró con una dolorosa ansiedad.

Luego se cubrió el rostro con las manos y salió llorando.

—¡Pobre mujer! dijo conmovido Gabriel de Espinosa; pero esto era necesario; yo no podía bajar hasta ella.

### VIII.

—Bien empleado te está, dijo la tia Martina saliendo con la Galana; dentro de ocho dias no te acordarás de él, como no te acuerdas de Corchuelos.

—Te engañas, bruja de Satanás, porque voy á hacer tanto, que vá á meter ruido; ¡le quiero! ¡le quiero! ¡le quiero! y ha de ser mio.

—¿Pero á dónde vamos como alma que lleva el diablo, mujer? decia la Martina siguiendo jadeante ya por la calle á la Galana que iba disparada.

—¡Que se vá á ir! decia para sí misma la Galana; no te irás, yo te lo aseguro, porque yo haré que no te vayas, aunque luego tenga que lamer la tierra por tí, y andar de rodillas hasta la fin del mundo, y aunque haya de pasar más trabajos y más miserias que todos los mi-

serables juntos. ¡Ah, señor pastelero! ¡Os amo yo con las entrañas abiertas, como no he querido á nadie, y vos me despreciáis! ¡Pues veremos si podeis despreciarme á mí! ¡Veremos si sois vos mejor que yo!

Y la muchacha corria.

—¿Pero dónde estás, vieja del infierno? dijo la Galana deteniéndose á la puerta de su casa.

—Tú debes tener los diablos en el cuerpo, hija, contestó la Martina allá desde una legua.

—¡Vamos, andad, que urge el tiempo y se me vá á escapar!

—¿Y quién te se vá á escapar, loca que eres y dejada de la mano de Dios? dijo la vieja llegando y echando de fatiga, como suele decirse, los hígados por la boca.

—Abrid presto, madre Martina, y encended luz.

Abió la vieja, subieron, se encendió la luz, y la Galana arrojó el manto, se quitó rompiéndolo para quitársele pronto su hermoso traje de raso blanco, se quitó las joyas falsas, los cintillos, y empezó á destrenzarse los luengos y maravillosos cabellos.

—¡Pero hija, tú estás loca, dijo la vieja; el señor Gabriel de Espinosa ha debido de darte algo!

—¡Volando! Los peines, el sayal de picos pardos, el pañuelo blanco y el manto azul, dijo la Galana que estaba fuertemente encendida, febril, con el semblante desencajado, y los ojos ardientes, coléricos, torvos.

Algunos instantes despues, Mari Galana estaba peinada y vestida con una extricta sujecion á las ordenanzas, como si dijéramos, con su traje de reglamento.

—Conmigo á la calle, dijo la Galana.